



ENCUENTRO CURIOSO 2019
PSICOPATOLOGÍA II
Prof. Dr. Fabián Schejtman

Título: Los discursos y lo imposible: ética y política

Autor: Darío Charaf

Eje: Psicoanálisis y política

Subeje: El psicoanálisis, ni progresista ni conservador

I.

En el presente trabajo¹ abordaré la articulación entre los cuatro discursos, formalizados por Lacan en el *Seminario 17* como modos de cernir lo imposible, con la ética y la política del psicoanálisis tal como se desprenden de este momento de su enseñanza.

Lacan subraya que se sirve de la formalización del discurso para ilustrar qué es la estructura: “Si planteamos la formalización del discurso (...) encontramos un elemento de imposibilidad”; define a este encuentro como un hecho de estructura (LACAN 1969-70, 47). Es decir que la estructura de los cuatro discursos (barrera entre el lugar de la verdad y el lugar del producto) y cada uno de los cuatro discursos mismos se definen por el encuentro con un imposible estructural.

En el caso del discurso psicoanalítico, se trata de la no relación entre el S1 como producto y el S2, el saber, en el lugar de la verdad. Tras interrogar el principio del placer freudiano y articular el goce con la repetición y la pérdida (con el defecto, la mengua de goce), Lacan define al saber que “trabaja” (el S2 en el lugar del trabajo en el discurso del amo) como un “medio de goce”. Al mismo tiempo identifica el discurso del amo con lo que anteriormente había nombrado como una “ética de amo”, la ética aristotélica y el hedonismo: una ética/discurso que busca la entropía y que busca “hacer de vivir en la apatía una religión, y la apatía es el hedonismo” (Ibíd., 53).

Como reverso de dicha ética, el saber en el lugar de la verdad en el discurso psicoanalítico implica que la verdad, en la medida en que el S2 está desenlazado del S1, sólo es accesible a un medio decir, no puede decirse por completo; punto donde el discurso queda abolido en el encuentro con aquello que la verdad esconde: la castración, la falta. Así como el discurso analítico es el reverso del discurso del amo, puede plantearse que la ética del psicoanálisis, en la medida en que apunta a esa “debilidad original” que es la castración, es el reverso de la ética del placer, del hedonismo como búsqueda de la entropía, o sea, de la ética del amo. Pero no es sólo mediante la localización del saber en el lugar de la verdad que Lacan redefine la ética del psicoanálisis mediante la formalización del discurso analítico. A partir de la localización del objeto *a* en el

¹ Este trabajo es un fragmento del capítulo 3 del libro *Ética de lo imposible* (CHARAF 2019), próximo a publicarse.

lugar del agente, esto es, del analista encarnando el objeto desecho causa del trabajo del sujeto analizante, Lacan reinterpretará una vez más el “imperativo” freudiano “Donde Ello era Yo debo advenir”: “Al analista, y sólo a él, se dirige esa fórmula (...). Es ahí donde estaba el plus de goce, el gozar del otro, adonde yo, en tanto profiero el acto psicoanalítico, debo llegar” (Ibíd., 56). Comentando a Wittgenstein y a Sade a la par, Lacan interroga la relación de la verdad y de la lógica con el goce; define a la verdad como fuera del discurso y como “hermana del goce”, y subraya que lo que le interesa en la lógica es el “efecto de incompletud” o de inconsistencia como límite del lenguaje, como punto donde el lenguaje muestra los límites. Punto de anudamiento entre ética y lógica, que lleva a situar a la ética del psicoanálisis en oposición a la ética del amo, abordadas ambas éticas en términos de discursos.

Si el discurso del amo (acercado no solamente a Aristóteles, sino también a Sade) se define como “querer dominar”, como voluntad de dominio o voluntad de poder, incluso como voluntad de goce², en oposición a ello el discurso del analista “debe encontrarse en oposición a toda voluntad, al menos manifiesta, de dominar” (Ibíd., 73). En la medida en que el objeto *a* ocupa en el discurso analítico el lugar “dominante”, este discurso “se mantiene lo más cerca posible de lo que se relaciona con el goce” (Ibíd., 75), con la falta, posición que Lacan atribuye como mérito al discurso “incómodo” de Freud.

En este contexto Lacan critica a la felicidad (devenida “un factor de la política” y definida como “ser como todo el mundo”) como término de la búsqueda ética e incluso política: señala que no hay más felicidad que la del falo, sitúa a lo social y al complejo de Edipo como aparatos que intentan sustituir o recuperar el goce excluido, perdido, “el único que daría la felicidad”, y enmarca la cuestión del “lugar que tiene el psicoanálisis en lo político” (Ibíd., 83) en la pregunta por las relaciones entre los sexos, la diferencia sexual y el goce. El lugar del psicoanálisis en lo político resulta entonces definido como el lugar de contrapunto u oposición que el discurso psicoanalítico ocupa respecto del

² Y también como “discurso de la síntesis, discurso de la consciencia que domina”, discurso yoico. Es decir que la pretensión de un discurso totalizante o una lógica completa (como discurso de la *consciencia* o del yo, del individuo) es equivalente para Lacan a la voluntad de dominio, de goce; lógica (discurso) del amo y ética del amo son equivalentes, y la lógica del *inconsciente* se sitúa en oposición a ellas.

discurso del amo y estrechamente articulado al axioma “no hay relación sexual”.

En relación del discurso del amo, el paso que Lacan atribuye al discurso psicoanalítico es el de plantear que el sujeto no es unívoco, es decir plantear al sujeto dividido, escindido. Ahora bien, este paso o subversión que introduciría el discurso psicoanalítico no implica un progreso ni una vía hacia la felicidad: “en cualquier cosa que yo articule no hay la menor idea de progreso, en el sentido en que este término implicaría una solución feliz. Lo que la verdad, cuando surge, tiene de resolutivo puede ser de vez en cuando feliz y en otros casos desastroso” (Ibíd., 112). Lo que según Lacan introduce de novedoso la ética del psicoanálisis no implica un nuevo Supremo Bien (la verdad, o la felicidad) sino más bien su ausencia. Aquí Lacan recupera la noción de “buen” o “mal” encuentro contingente que había propuesto en el *Seminario 11* al abordar la repetición. Y partir de aquí destacará no solo lo imposible sino también lo “insensato” de la posición del analista.

II.

Cada uno de los cuatro discursos supone un punto de imposible, representado en este aparato de formalización por la barrera entre el lugar del producto y el lugar de la verdad, punto de imposible que Lacan articula explícitamente al hecho de que no hay relación sexual (Ibíd., 122). En este sentido cada uno de los cuatro discursos puede considerarse como distintos modos de suplencia de (pero también de convergencia hacia) una imposibilidad estructural. A la par que realiza una relectura crítica del complejo de Edipo y del mito del padre de la horda primitiva, Lacan destaca la función de la castración como “punto culminante” de la “posición del analista” (Ibíd., 129), es decir, la castración como punto de mira de la ética del psicoanálisis, como fin del análisis.

La ética del psicoanálisis en juego en el acto analítico, en quien sostiene la posición determinada por el discurso analítico, apunta hacia la castración en tanto que real, es decir a la imposibilidad de la relación sexual. En el discurso analítico esta no-relación cobra la forma de la barrera entre S1 y S2, barrera que impide que el significante amo como producto haga relación con el saber como verdad. La posición del analista, en la medida que se coloca como causa del deseo, es una posición inédita, paradójica, pero ratificada por una práctica,

afirma Lacan, por una praxis, por una acción. Este lugar de objeto *a* es definido también como “la insubstancia”, “la acosa”, “l’acosa”, es decir *das Ding*, la Cosa en tanto que imposible, en tanto que vacío o agujero. Es por ello entonces que Lacan señala *la imposibilidad de la posición del analista*: “El psicoanalista ideal sería el que comete ese acto absolutamente radical, del cual lo menos que puede decirse es que verlo hacer es angustiante. (...) Si es real que existe el analista, es precisamente porque es imposible. (...) Lo fastidioso es que (...) es *preciso haber cernido verdaderamente que es imposible*” (Ibíd., 174-75).

No sería lo mismo, entonces, un imposible “cernido” que un imposible “no cernido”, ni tampoco daría igual el modo de cernir lo imposible. En la llamada *Segunda Improptu de Vincennes*, contemporánea a estas clases, Lacan plantea que a pesar de que una profesión sea imposible “uno no se priva de lo que se trata”, afirma que este imposible debe ser demostrado (mediante la formalización lógica) e insta a su auditorio y sobre todo a los analistas a *acosar al máximo la imposibilidad*. Define al analista como aquel que está en posición de interrogar “lo que resulta de la cultura en posición de Amo”. Y, finalmente, brinda una definición ética y política del fin del análisis: lo que se produce en un análisis “es S1 lo que encontrarán acá, un nuevo significante Amo. No soy un carajo progresista, porque lo que les explico es que se gira en redondo. Sin embargo, *se gira en redondo pero se cambia de punto*. Cuando se ha dado el paso de lo que puede efectivamente ser la incidencia de un discurso analítico, un nuevo rizo podrá comenzar, que seguramente no hace desvanecer tanto como nosotros podemos presumir todo aparato sobre el que nos fundamos en esta demostración, pero que después de una vuelta *obtiene quizás un desfasaje. El significante Amo sería quizás un poco menos estúpido*. Estén seguros que si es un poco menos estúpido será un poco más impotente. No sería para nada un progreso” (LACAN 1970a).

El fin del análisis supone entonces la producción de un nuevo S1, un significante menos tonto, y esta producción si bien no implica un progreso sí supone un desfasaje, una “subversión” del discurso. Desde esta perspectiva *la política del psicoanálisis (que se desprende de su ética) no es progresista pero tampoco es conservadora, no es revolucionaria pero tampoco es reaccionaria, no es optimista pero tampoco es cínicamente pesimista: es imposible y, por ello, sub-versiva*.

III.

Lacan define entonces al discurso psicoanalítico como un modo de cernir una imposibilidad y retoma así la definición freudiana del psicoanálisis como una profesión imposible (FREUD 1937): junto a gobernar y educar, "el *acto analítico*" (LACAN 1969-70, 179) sería la tercera de las profesiones imposibles. Homologará cada discurso a una profesión imposible: gobernar como profesión imposible inherente al discurso del amo, educar al discurso universitario, analizar al discurso analítico... y "hacer desear" como "profesión" propia del discurso de la histérica. Se trata, en cada uno de los discursos, de operaciones imposibles, de modos de cernir lo imposible.

Los cuatro discursos no marchan, no funcionan, encuentran un punto de obstáculo, "algo que obtura", y Lacan volviendo a comentar la ética de Aristóteles como ética propia del discurso del amo señala: "puede extraerse una enseñanza del hecho de que esto no marche por sí solo. El problema de la ética empieza aquí" (Ibíd., 189). La ética se articula expresamente al punto de falla o desfallecimiento del discurso, punto de imposible ligado a que no se sabe qué hacer con el goce "innombrable" -en la medida en que el significante introduce una "marca para la muerte" en el cuerpo, mortificándolo y separándolo del goce-; y es por eso que aquí Lacan vuelve a cuestionar la existencia de cualquier soberano bien que pudiera obturar ese punto de imposibilidad.

Sin embargo, cabe señalar que esto no implica que la ética del psicoanálisis (y la política que de ella se deduce) sea una ética cínica: Lacan no deja de subrayar también que puede extraerse una enseñanza de la imposibilidad, del hecho de que "esto no marche". En efecto, volviendo a señalar la imposibilidad de la posición del analista en tanto se coloca en la posición de representar, de ser el agente, la causa del deseo, Lacan señala también que el objeto *a* permite "introducir un poquito de aire" en la función del plus de goce (Ibíd. 192). El lugar de objeto *a*, lugar al que se adviene (o se puede advenir) tras atravesar la experiencia analítica, introduciría entonces "un poco de aire" en la cuestión del goce y en la mortificación que el significante produce en el cuerpo. Así, en oposición a eludir lo imposible, buscar eludir la imposibilidad o intentar curarla, se trata para el analista de "ser su agente" (Ibíd., 196); *acosar al*

máximo la imposibilidad, posicionarse como agente de lo imposible: he ahí la consecuencia que en nuestro parecer se extrae para la ética y la política del psicoanálisis a partir de la formalización del discurso psicoanalítico en el *Seminario 17*.

IV.

Esta perspectiva se ve condensada en *Radiofonía*, escrito contemporáneo a este seminario y que comentaremos brevemente a modo de conclusión. Lacan se opone allí al “oscurantismo” que busca el fin de “prevenir *la acosa*” y define en oposición a ello al objeto *a* como “la apuesta del acto analítico” (LACAN 1970b, 432). La falla de estructura del significante con la que cada discurso se topa es designada explícitamente como “no hay relación sexual”, y el *deseo de ser amo* es definido como contradiciendo “el asunto mismo del psicoanalista” (Ibíd., 441). Tras hacer una referencia a las éticas estoica (“con su práctica de un masoquismo politizado”) y escéptica, así como una crítica a la ciencia en tanto “constituye una ideología de la supresión del sujeto” (Ibíd., 460), Lacan vuelve a comentar la falla estructural en las relaciones entre los sexos al mismo tiempo que señala acerca del psicoanálisis que “la causa es la del acto y de la ética que él anima, con su razón política” (Ibíd., 461). Entonces, nuevamente, el goce y la no relación sexual quedarán anudados a la ética y la política del psicoanálisis.

Ética del psicoanálisis que no busca “ningún progreso ni de verdad ni de bienestar, sino solo el viraje desde la impotencia imaginaria a lo imposible que resulta ser lo real” (Ibíd., 463), siendo el real del que se trata en psicoanálisis la imposibilidad con la que el sexo se inscribe en el inconsciente, vale decir, la castración (Ibíd., 465).

Así, Lacan concluye *Radiofonía*, y con ello concluimos nuestro trabajo, señalando que “Es en esta juntura con lo real donde se encuentra la incidencia política a partir de la cual el psicoanalista tendría lugar si fuera capaz de ello. Ahí radicaría el acto” (Ibíd., 466).

Bibliografía

- CHARAF, D. (2019), *Ética de lo imposible*, Buenos Aires, Modesto Rimba, Diciembre de 2019. En prensa.
- FREUD, S. (1937), "Análisis terminable e interminable". En *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004. Vol. XXIII.
- LACAN J. (1964a) *El seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2007.
- LACAN J. (1969-70), *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- LACAN, J. (1970a), "Segunda Improptu de Vincennes", clase del 03/06/1970, inédita.
- LACAN, J. (1970b), "Radiofonía". En *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, 425-472.